

PRIMEROS DESCUBRIMIENTOS

DEL PAÍS DE LA CANELA

No bien amanece en las tradiciones inqueñías la historia del Quito, cuando ya se vislumbra la fama de ricas y maravillosas que alcanzaron en la época hispánica las comarcas andinas que continuaban por Oriente aquel antiguo reino. En sus bosques grandiosos brotaron como flores de singular extrañeza y deslumbrantes colores las inmemoriales leyendas de las *huarmi-aucas*, ó mujeres guerreras; del rey que vestía diariamente so-

bre su piel, untada con fragante resina; una capa de polvos de oro; de los *iscay-uyas*, ú hombres de dos caras; de los *iscay-zencas*, especie de diplorinos al modo de cierta casta de pachones; de los *sacha-runas*, ó sátiros, y otras que no menciono; pero todas las cuales bueno es recordar y asegurar con insistencia que fueron invenciones, más ó menos motivadas, de origen indígena, no, como algunos han supuesto, de los descubridores, que, además de ladrones y crueles, eran unos solemnes embusteros, capaces de cualquier trapacería con tal de revestir de prestigiosas apariencias empresas temerarias y evitar que el remate de ellas, generalmente desastroso, fuese parte á que el rey los castigase ó riñese por haber traspuesto los Andes y metídose en bosques espantables, donde las guazabaras de los indios y sus herbadas flechas eran cosa de burla y diversión comparadas con la inclemencia é insanidad del clima, el hambre, los mosquitos, los ríos, torrentes, ciénagas y precipicios que continua y despiadadamente los combatían y atajaban el paso. Porque á nada menos que á tal suposición llegan escritores muy serios de fuera y dentro de España discurrendo sobre aquellas hazañas, para darlas el verdadero punto de verdad histórica, como si en el hecho que las constituye en heroicas é increíbles no hubiera más maravilla y más asombro que en la fábula mejor imaginada.

De estas regiones, tan llenas de prodigios fantásticos como de positivos y mortales riesgos; de este pedazo de la tierra, conservado hasta hoy poco menos que en el mismo ser y estado en que se mostró al comenzar nuestra era geológica, paraíso de monos y guacamayos, no del hombre, que vive esclavo de aquella soberana naturaleza y sin poder propagarse con la libertad que cualquiera de las especies de la fecundísima fauna que le rodea y acosa ó de la exuberante flora que le encierra y oprime y le roba una gran parte del cielo, además de leyendas salían de vez en cuando muestras de oro, de aromas y drogas preciosas, de cuadrúpedos raros y de pájaros de espléndido plumaje, cantores, silbadores ó habladores, y con las muestras noticias tentadoras acerca de las gentes que poseían y disfrutaban tan preciosos bienes.

Seducido por ellas, el primero de los Incas que logró sentar sus reales en la población capital de los quitus—fuera Huiracocha, Túpac Inca Yupanqui ó cualquiera otro, pues el nombre no importa á nuestro caso—después de reformarla y convertirla en un segundo Cuzco, envió á seis de sus capitanes bien escoltados á que traspusiesen la Cordillera hacia la parte que después se llamó de los Quijos ó de la Canela, por donde sin duda llegaban á Quito más breve y fácilmente las voces de la fama del país encantado. Regresaron al cabo de un año algunos de ellos, y aunque con las manos vacías, no sin la relación de sus penalidades y malogrado viaje, en el cual habían visto muchas gentes que habitaban las montañas por las orillas de ríos muy caudalosos, y andaban en carnes y sin más abrigo que el cabello, que les servía de vestido. Empeñados en cumplir á todo riesgo la comisión que habían recibido del soberano, perdiéronse y vagaron por el bosque mal alimentados con frutos silvestres, hasta que algunos de los indios con quienes tropezaron, quisieron servirles de guía para regresar á su punto de partida. Decían que su mayor trabajo fué el de

unas cuatro jornadas por una tierra donde había tantos tigres, que era necesario hacer barbacoas ó cadalechos sobre los árboles para dormir, y que aun allí no tenían entera seguridad. Espantado el Inca con lo que contaban, dió orden que regalasen á estos indios y que volviesen por donde habían venido, siguiendo el rastro que habían dejado, y que fuesen con ellos doscientos indios robustos y animosos que les llevasen el matalotaje. Hízose así, y al cabo de un mes salieron á Llactacunga, no se sabe si mejor informados esta vez de lo que el Inca buscaba. Pero en sus dos excursiones los valientes emisarios no pudieron por menos de pasar por el país de la Canela y conocer la droga, ó su itinerario es incierto y fingida la tradición en que se funda.

Por más arraigada y fidedigna tengo la que un español montañés nos ha conservado en su *Jornada del Marañón*, pues se remonta únicamente á los tiempos del Inca Huainacápac, que alcanzaron los primeros descubridores del Perú. Cuenta Toribio de Ortiguera (que así se llamaba nuestro montañés), que como tuviera deseo de saber é inquirir muy particularmente lo que había en las tierras más orientales de la gobernación de los Quijos y la Canela, por la mucha noticia que daban de ella, así de sus muchos naturales como de grandes minas de oro, entendió que una india vieja, llamada doña Isabel Huachay, había entrado en aquella tierra con Huainacápac, y la hizo llamar el 19 de Diciembre de 1569, la cual vino y dijo que había entrado en la provincia de los Iques y en Hatun-Ique ¹, que son dos provincias cerca la una de la otra, al tiempo que dicho Inca descubrió el reino de Quito, la cual entrada hicieron por el pueblo de Chapi, que es á 16 leguas de la ciudad de Quito ². Iban—contaba doña Isabel—abriendo camino por una senda que había en una montaña, para mejor poderla andar, y en seis días llegaron á un valle de muchos indios de buena disposición, los cuales traían la mitad anterior de la cabeza trasquilada y la posterior con el cabello largo. Su vestido eran unas mantas anudadas por el hombro, á manera de gitanos, y zaragüelles. La tierra llana y caliente, de mucho maíz, algodón, yucas, batatas y calabazas de la tierra, muchos pavos y patos. Los indios traían grandes patenas de oro como broqueles, y usaban hondas, y las indias muchas joyas del mismo metal. Procuró Huainacápac con muchos rescates ó regalos saber de estos indios lo que había en su tierra y á qué cosa de las que había en la del Inca eran más aficionados, y por ninguna mostraron darles nada, si no fué por una manera de hachas de cortar y por sal, la que tuvieron en mucho y daban por ella el oro á cargas. Y descubrieron las minas de él á Huainacápac, en las cuales empezaron á cavar con palos (*coas*) y *tacllas*, y sacaron oro en pepitas como de calabaza. Decía mama Huachay, que en dicho valle hay un río cuyas riberas poblaban multitud de indios que lo navegaban con canoas, en el cual valle hizo hacer Huainacápac unas rancherías ó casas de pared, donde tuvo su real algunos días y le salieron muchos caciques y señores de la tierra á le ver y conocer por soberano, por la noticia que tenían de sus grandes hechos y valor; de los cuales sacó treinta indios y ocho curacas á Quito, y de allí los envió al

¹ Cerca de la parte inferior del río de la Coca, gran afluente del Napo, á 1° lat. aust. y 76° 40' á 77° long. O. de Greenwich.

² Al Nordeste y pie occidental de la cordillera. Paso muy frecuentado en el siglo XVI de los indios quijos y cofanes.

Cuzco para que aprendiesen su lengua y tenerlos seguros que no se le pudiesen huir.

De otra entrada á los montes caneleros por la parte de los Quijos nos da cuenta Cabello Balboa, gran conocedor de antigüedades quitenses, en su *Miscelánea austral*. Parece ser que Atahuállpac, temeroso de que un largo descanso después de la victoria de Tumipampa relajara la disciplina y el espíritu de su ejército, quiso entreterlo en una expedición fatigosa y aventurada, ordenando á sus capitanes que se internaran en aquellas fragosas regiones con el fin de explorarlas. Así se hizo. Tramontaron la Cordillera, sometieron á Maspá, Cosanga, Coca y otras provincias vecinas, pero regresaron á Quito maltrechos, mohinos y pesarosos de haber empleado sus esfuerzos en la sujeción de unas tierras tan pobres y poco socorridas.

Aunque en estas tradiciones, como con todas debe hacerse, se rebaje lo que sea de razón, siempre quedará en firme, creo yo, la noticia de una ó dos excursiones al país de la Canela anteriores á la conquista, con las cuales se explica el conocimiento que tuvieron y el uso que hacían los incas de aquella especia, si bien es verdad que habiendo residido Huainacápac y su hijo Atahuállpac largos años en el reino quiteño, no es mala explicación (y acaso más natural) que los indios salieran de sus montañas á presentársela al Inca ó á trocárla por armas, utensilios ú otros productos de que carecían y en que abundaban los vasallos del monarca peruano. Como quiera, es un hecho que, hallándose cautivo Atahuállpac, ya fuese por obsequiar á D. Francisco Pizarro, ya por satisfacer á alguna de las muchas curiosidades del conquistador acerca de tierra recientemente ganada, mandó traer de hacia Quito á Caxamarca una ó dos cargas de canela.

No hubo de olvidar el futuro marqués la remesa del tónico y oloroso *ixpingo*¹, ni tampoco dejó de cundir la nueva entre sus capitanes. Benalcazar procuró por ella en su conquista del Quito, y pasado algún tiempo Gonzalo Pizarro llevó de su hermano encargo de buscarla, con otras cosas, en la tierra donde se cría.

Con tales antecedentes, cuya importancia acrecentaban el influjo, aunque prestigioso, del nombre de Indias, y más aún el paraje y constelación de las canelas quitenses, análogos á los del país del oro y las especias, situado á mayor abundamiento en la misma zona geográfica, no hay que decir si el primero que se acercó al nuevo Maluco se desviviría por reconocerlo, ocuparlo y adquirir el derecho exclusivo á la recolección, beneficio y granjería del estimado condimento. Tocóle la fortuna (ó hizo que le tocase) á Sebastián de Balalcazar, teniente de Francisco Pizarro en San Miguel de Piura, hombre falso, codicioso y cruel, pero de mucho arranque y de más pecho que conciencia, el cual, faltando á su deber, sedujo á varios soldados de los que de todas partes llegaban á servir á su jefe y gobernador, reunió una hueste de 140 de á pie y de á caballo, abandonó su puesto, y se entró por tierras de Quito, rompiendo en tres ó cuatro batallas, ya sólo con sus españoles, ya con ayuda de sus aliados los cañaris, los formidables ejércitos de Rumiñahui y Zopozopangui, y abriéndose

¹ Nombre quiteño del cáliz ó cúpula de la *Nectandra cinamomoides*, en cuyo órgano reside y se condensa preferentemente el olor y el sabor acanelado de la planta. En el Perú propio llamaban y llaman *ispincu* á cierta hierba muy olorosa parecida al trébol y á un árbol cuya frutilla se asemeja á la del *molle*.

paso hasta la antigua capital de los fabulosos sciris. Atajóle sus triunfos D. Diego de Almagro, que á toda furia acudía por orden de Pizarro á evitar que las glorias de su lugarteniente les costaran un buen pedazo de la gobernación peruana, y además de esto á cerrar el camino del Quito á D. Pedro de Alvarado, que ya subía la sierra dominada por el Chimborazo y comenzaba á pisar las llanuras de Ricpampa; pero vuelto de grado á la obediencia; concertada, merced á ingeniosas astucias de don Diego, la venta de la flotilla y del ejército del incauto gobernador de Guatemala en 100.000 pesos; idos ambos en buena compañía á Pachacámac, en donde se encontraba á la sazón D. Francisco Pizarro, el uno á pedir albricias y el otro á recibir el precio estipulado, quedó Sebastián de Belalcazar con la tenencia por el gobernador del Perú del reino que había descubierto y conquistado, y apresuróse á trasladar la reciente y efímera fundación de Santiago en Ricpampa al asiento de Quito, con el nombre de Villa de San Francisco, en la cual, habiéndose establecido y hecho fuerte, no le costó mucho trabajo acabar con sus enemigos, dispersos ya y ocultos en emboscados breñales, de donde los sacó para hacer de ellos pública justicia.

Pacificado y seguro el centro y baluarte del territorio de su mando, aparejóse á descubrir lo restante y escudriñar sus rincones y secretos, entre éstos el de la Canela. Sorprendióle en la obra el caso de un indio extranjero, que tomó en Llactacunga un español llamado Luis Daza, y dijo ser natural de una gran provincia llamada Cuntinamarca, sujeta de un señor muy poderoso que había tenido en los años pasados grandes guerras y batallas con los chibchas, nación muy valiente, tanto, que habiéndole puesto en grande aprieto y necesidad de buscar favores, le envió á él y á otros á Atahuállpac á suplicar le diese ayuda para pelear contra aquellos sus enemigos; el cual, por tener la guerra que tenía con Huáscar, no envió lo que prometió hacer en acabándola, y les mandó á otro y á él que anduviesen por sus reales hasta que volvieran con lo que deseaban. Hiciéronlo así; fueron hasta Caxamarca; escapó él solo de todos sus compañeros, y vino con Rumiñahui á tierra de Quito. Acosáronle los españoles á preguntas de la suya, y dijo tales cosas y tan afirmativamente, que les hizo creer manaba toda en oro y que los ríos llevaban gran cantidad de este metal ¹.

Mas como la noticia de la canela y la del oro llegaban de los boscajes orientales á los exploradores españoles siempre juntas como tórtolas aparejadas, no creyó Belalcazar descuidar el negocio de la rica especia, atendiendo al que le brindaba la seductora relación del indio extranjero; y así, sin demora, dispuso que, tomándole por guía y adalid, fuese Pedro de Añasco, uno de sus capitanes, con 40 jinetes y otros tantos peones, á la tierra del indio, el cual decía estar diez ó doce jornadas de allí. Señalados los que habían de ir, prestando entera fe á las palabras del noticiero, buscaban almocafres, barretas y algunos azadones para coger el oro de los ríos. Pasaron por Huailapampa y caminaron por entre los quillacingas, atravesaron por montes cerrados temerosos y no hallaron nada de lo que pensaron. Transcurridos algunos

¹ Cieza de León, de cuyo original inédito (no del texto de su plagiario Antonio de Herrera) tomo el episodio del indio cuntinamarqués, añade en este lugar: «Y [por] las cosas que este indio dijo, aunque salieron inciertas, se extendió por todas partes lo que llaman el Dorado, que tan caro á muchos de los nuestros ha costado.»

días, salió de Quito, por mandado del mismo Belalcazar, el capitán Juan de Ampudia, con cantidad de españoles para ir en seguimiento de Añasco, llevando poder para descubrir, y anduvo hasta que se juntó con él y tomó la gente á su cargo.

Si Añasco y Ampudia no acertaron, por culpa suya ó engaños del guía andaluzado, con el áureo reino de Cuntinamarca, no parece que desmintieron su fama, antes es de presumir que la ratificaron y exageraron, pues Belalcazar, á su regreso en Quito de las costas huayaquileñas, donde fundaba la ciudad de Santiago mientras aquellos capitanes se perdían por las montañas del Oriente, oyó tan recrecidas con mayores portentos las nuevas del Dorado en las personas y grandezas del régulo de Popayan, que desde luego hizo propósito de someterlo, conquistar sus estados y convertirlos en gobernación para sí y con entera independencia de la del Perú, abandonando resuelta y definitivamente su tenencia del Quito. Ahora bien: durante el tiempo empleado en realizar la proyectada empresa, en que ocupó meses de los años 1538 y 39, y particularmente cuando el capitán Francisco García de Tovar y su gente, descubridores por la parte de Timaná y Nirva, llegaron alborotados á participarle que aquello era otro Mundo y otro México, Belalcazar no pudo por menos de tropezar otra vez con muestras de la canela americana y adquirir la completa certidumbre de que se criaba allí cerca, junto á los orígenes del río de la Magdalena al Oriente, porque yendo en demanda del país descubierto por Tovar, faldeó la vertiente occidental de las sierras neogranadinas en dirección paralela al curso de aquel río hasta parar en Bogotá; y Hernán Pérez de Quesada, hermano del descubridor y conquistador de este reino, en su infeliz jornada de los Llanos y recuestos orientales de aquella misma sierra, al llegar á la altura (con poca diferencia) de San Sebastián de la Plata, villa popayanesa, corriendo el mes de Febrero ó Marzo de 1542, unos exploradores que había mandado á descubrir camino le «enviaron muestra de la canela que sale por Quito»; y añade Hernán Pérez ¹: «Hay tanta cantidad della, que se pueden cargar muchos navíos cada año, y esto dura cuarenta leguas de sierra.»

Pero ¿á qué suponer si podemos afirmar?

En las capitulaciones de Belalcazar con el emperador, ajustadas en Lovaina el 31 de Mayo de 1540, después de la que declara haberle el soberano proveído de la gobernación de Popayan y que Belalcazar le había hecho relación que además de las tierras en ella por él descubiertas, tenía noticia de otras provincias que todavía no lo estaban y quería descubrir, conquistar y poblar, hay una que dice: «Por cuanto me habeis hecho relacion que teneis noticia de algunas tierras que hay en ellas especería ó á lo menos canela y vos por nos servir las queríades descubrir y me habeis suplicado que descubriendo vos la dicha especería ó canela vos hiciese merced perpetuamente que vos y vuestros herederos y subcesores entendiesedes en la granjería della y no otra persona alguna, por la presente prometemos que descubriendo vos á vuestra costa cualquier especería ó canela dentro de los límites y demarcación... vos hacemos merced de que vos y dos herederos vuestros uno en pos de otro... y no otra

¹ En carta al Consejo de las Indias, fecha en Cali á 16 de Mayo de 1543.

persona alguna, entendais en la granjería de la dicha especería, con tal que seais obligados vos y los dichos herederos ó quien vuestro poder hobiere á traer á estos reinos la dicha especería... é á pagarnos el quinto del valor de lo que dello procediere, sin descontarnos costas algunas, lo cual habeis de traer derechamente á la ciudad de Sevilla ó al puerto de Cadiz.»

El camino por donde el gobernador especiero proyectaba expedir su mercancía á los lugares indicados, era el Marañón, hacia el cual, á su juicio, debía de hallarla, y así se lo declaró al cronista Fernández de Oviedo en Santo Domingo de la Española en Septiembre de 1540 cuando pasaba á Popayan á tomar posesión de su nuevo cargo.

Al poco tiempo de tomarla, iniciáronse en el Perú desasosiegos y surgieron temores de más graves disturbios, que motivaron el nombramiento del licenciado Cristóbal Vaca de Castro por juez de residencia y comisario investigador en aquel reino antes de saberse en la corte la muerte del marqués Pizarro. El juez pasó por Popayan y Quito, donde le alcanzó el primer mensaje dándole cuenta del sangriento atentado de los almagristas. Por él, y en virtud de las instrucciones y órdenes á que debía ajustar su conducta, quedaba *ipso facto* investido con el mando supremo de las provincias peruanas. Tuvo que detenerse en Quito, no tanto por reponer la salud perdida en su penoso viaje, cuanto por prepararse al conflicto y hacer por conjurarlo con dineros y partidarios de la causa real leales y poderosos, pues el joven Almagro se presentaba poco menos que en franca y abierta rebelión. Necesitaba valerse de Belalcazar; llamóle á su lado, y ya fuese á sus instancias y ruegos, ya porque Belalcazar le instase á él, por tomar más parte en el servicio del rey y negociaciones con los rebeldes de la que al receloso licenciado convenía, ello es que anduvo tanto tiempo al retortero de su señoría, que no pudo ocuparse en los asuntos de su propia casa. Por otra parte, á su regreso á Popayan desde España, amén de sus contiendas con el adelantado Andagoya, no debió tardar mucho en saber que Gonzalo Pizarro se disponía á entrar ó había entrado por los palacios del Dorado y sus parques de canelos, incluídos en la gobernación del Quito recientemente creada por el marqués, con independencia de la suya, en obsequio del menor de sus hermanos. De manera que por unas cosas y otras, en 20 de Septiembre de 1542 aún no había empezado á hacer uso del privilegio comercial obtenido en Lovaina; pues despedido de Vaca de Castro y ya de vuelta en su gobierno de Popayan, escribió al emperador con aquella fecha desde la ciudad de Calí: «Vistos los muchos [escándalos y desasosiegos] que en estas partes se nos ofrecen y que el tiempo se gasta sin hacer ningun servicio notable á V. M., y por evitar más pasiones y revuelta con capitanes que sin nacerles pluma quieren volar, he acordado con mi propia persona, aunque pobre y gastado y más empeñado, hacer esta jornada que se llama del Dorado y Canela, de que tantos años há tengo tanta noticia, la entrada de la cual tengo descubierta por Guacacallo [Timaná], y muy á contento de los descubridores, y con toda presteza me quedo aprestando y tengo apercebida copia de gente y caballos y ganados y las otras cosas necesarias; y mediante Dios estaré presto y á punto de hoy en cuatro meses primeros

siguientes, en cumplimiento de lo con V. M. capitulado; donde tengo por cierto será V. M. della bien servido y su real patrimonio acrescentado. Y pienso corresponder con la mar del Norte [Atlántico] y descubrir puerto en ella, porque por todas partes haya contratacion, mayormente si la canella que hasta agora hemos visto es en cantidad.»

Pero los bríos del homicida de Jorge Robledo no correspondieron á estas promesas y propósitos, si por ventura eran sinceros; debía de sufrir por entonces alguna remi-tencia de su carácter duro y terco y parecer manso y dulce cuanto antes fué desabrido y soberbio; «tenemos un gobernador todo miel y manteca,» escribían al emperador los oficiales reales de Calí ¹, precisamente en el mismo despacho en que le partici-paban la definitiva renuncia y traspaso de su participación directa y personal en la ambicionada conquista y codiciado trato de la canela en el capitán Juan Cabrera, ac-tivo y peritísimo soldado en aquellas partes desde que se descubrieron; «á cuya causa —dicen los expresados oficiales— el gobernador ha querido encomendarle la conquista de la Canela... con la administración de la villa de Guacacallo [Timaná] y de todo lo que está de la otra parte de la cordillera de sierras nevadas... porque es la puerta por donde se ha de entrar á la dicha conquista.»

Pero seguramente el Diablo tenía especial interés en que aquella jornada no se lle-vase á efecto (lo cual ha sucedido varias veces en Indias, según refieren nuestros mi-sioneros); porque hallándose ya en Timaná Juan Cabrera con su gente reunida y á punto de entrar á su conquista, recibió cartas del virrey Blasco Núñez, huído de Túm-bez y refugiado en Quito, en que le decía sería más servicio del rey acudirle con su gente, que buscar el Dorado y la Canela; y para persuadirle y moverle á que le sa-case del apuro, le envió 15.000 pesos; y aquellos hombres (sin excluir al caudillo), que esperaban en fabulosas riquezas, tuvieron á gran dicha que el virrey les mandase llamar y obsequiar con una suma que avergonzaría al limosnero del dorado monarca, pues mientras esperaban, los soldados carecían de ropa y armamento, y con los 15.000 remediaron su desnudez, y aun alcanzó para galas. Incorporados con el ejército de Blasco Núñez, hizo éste á Cabrera su maese de campo, y peleando como tal á pie y con una partesana en la mano, perdió la vida en la fatal batalla de Iñaquito.

¿Hubo alguien que intentara suceder á Cabrera en el descubrimiento comenzado en Timaná? No he pretendido averiguarlo; porque aun en el caso de que lo hubiera ha-bido, su jornada, en razón de la fecha, no podía contarse entre las primeras, asunto de este entretenimiento histórico. Y si con él he llegado hasta el año de 1544 y aun más adelante, ha sido por referir las peripecias y dar cabo á los planes y proyectos sobre la Canela, concebidos por Sebastián de Belalcazar desde su amañada conquista del Quito.

Hacia mediados del año de 1540, antes del mes de Agosto y de que Gonzalo Pi-zarro entrase á su famoso descubrimiento, es muy posible que diese con los canelos en la provincia que hoy lleva ese nombre y comarca con los Quijos por el Mediodía, Rodrigo Núñez de Bonilla, tesorero de campaña y repartidor de comidas y velas en la

¹ En carta de 2 de Febrero de 1544.

conquista del Perú, y después tesorero real de la villa de Quito, á quien D. Francisco Pizarro, en premio de sus servicios, encomendó en 18 de Mayo del expresado año la provincia de Macas y Pumallacta, con otras tierras cuya jurisdicción se extendía por el Norte hasta Llactacunga y Mulahaló y al Este sin límites fijos; porque en Agosto siguiente hacía constar, mediante información ante el alcalde ordinario de Quito, que se hallaba empeñado en la conquista de Macas y Quizna, á las espaldas de la Cordillera, y hasta esas provincias llega por ese lado, y quizá más abundante que en las otras, la *Nectandra cinnamomoides*.

Téngase, sin embargo, la noticia por mera curiosidad más que otra cosa, ó si se quiere, por uno de los recursos admitidos para salvar transiciones y retrocesos tan bruscos como los de la sierra neogranadina y años de 1544 á los andes quiteños y meses de los 1538 y 39, en que se realizó el suceso que más me importa consignar y referir aquí, por haber sido el precursor de los celebérrimos viajes de Gonzalo Pizarro y de Francisco de Orellana, y llave del camino que siguieron, el uno con desgracia, el otro con fortuna. Pero antes de referirlo, con vista de documento original y autorizado, recordemos algunos datos, no todos conocidos, tocantes á la persona y hechos del animoso capitán que acaudilló y dirigió la jornada.

Llamábase Gonzalo Díaz de Pineda ¹ y era natural del Coto de Ureña en las Asturias de Oviedo ². Militó bajo el mando de Sebastián de Belalcazar en toda la campaña del descubrimiento y conquista del Quito; y fundada en 1534 la villa de San Francisco, se estableció en ella y fué de sus primeros, principales y más honrados vecinos. Tenía y mantenía criados y negros, dos ó tres caballos cuyo precio entonces no bajaba de 1.000 pesos y solía subir de ordinario al doble ó más; el astillero bien provisto y á punto y preparadas para cualquier descubrimiento ó lance de guerra que se ofreciese, ballestas, arcabuces y otras armas; y cuenta que por aquellos años se daba por una cota ó una coraza vieja y de las bastas en un caso de apuro, 400 y 500 ducados, más que por las finas milanesas de las relevadas y nieladas. Su casa estaba abierta á todas horas, así para comodidad del rico ó bien hacendado, que á escote ó con algún obsequio remuneraba el hospedaje, como para albergar á los que llegaban de aventura, desvalidos, sin hatos, con una mala capa y una espada, dispuestos á ganarse la vida á costa de su sangre, de un ojo, de una pierna, de un brazo, ó de la honra, si á mano venía y era el envite de un buen resto. Todos estos servicios y gastos de representación, de tanta necesidad para el arraigo y sostenimiento de las nacientes poblaciones indianas, recomendaban al que podía prestarlos no menos que cualquier descubrimiento ó fundación; por lo cual nunca olvidaba exponerlos y presentarlos entre los mejores al pedir mercedes.

Una entrada por los Yumbos hacia las Esmeraldas fué la primera empresa en que Gonzalo Díaz de Pineda se probó como caudillo y jefe militar, á la verdad sin otro

¹ Otros escriben Pinera y Piñera. Yo copio el apellido de su firma.

² De las *Asturias de Oviedo* declara él mismo en la información de sus méritos y servicios; del *Coto de Ureña*, la sentencia difamatoria pregonada cuatro años después de su muerte. Sin embargo, en ningún *nomenclátor*, censo ó diccionario geográfico encuentro el nombre de este lugar, concejo ó municipio, ó lo que fué, si ya no existe.

éxito que iniciar el más breve camino de la villa de San Francisco á la costa, pues hubo de retirarse con su gente desbaratada y perdiendo en el lance la mitad de su hacienda. Restituído al sosiego de sus honrados y cómodos lares, desempeñó alcaldías y regimientos en el Cabildo de su vecindad, y por los años de 1538, ausente ya Belalcazar de Quito, le confió D. Francisco Pizarro la abandonada tenencia, y á seguida, si no fué al propio tiempo, la fundación de la villa de Pasto y la jornada al país de la Canela, que luego contaremos. En la desastrosa de Gonzalo Pizarro estuvo de capitán y principal baquiano ó adalid, y gracias á su conocimiento del terreno y costumbres de los que en él vivían, pudieron su constancia y esfuerzo aprovecharse en socorro del real de Pizarro, que acaso pereciera de hambre sin los plantíos de yuca descubiertos por Díaz de Pineda al remontar á remo y *tauna* el caudaloso Napo; ni fué menor prueba de arrojo y de perseverancia proseguir la subida contra la corriente, cada vez más impetuosa, del río en dos canoas, con otro montañés, Pedro de Bustamante, guiando la triste retirada de Gonzalo Pizarro y sus desalentados compañeros. Salidos á los páramos de Quito por el mes de Junio de 1542, restaurados el ánimo y las fuerzas corporales en la villa de San Francisco, parte de los *caneleros* (así los apodaron en el Perú) siguieron á su caudillo á Lima, parte quedaron en la tierra, y entre ellos Díaz de Pineda, que el año de 1543 se ocupaba en la conquista y pacificación de los inquietos y traidores paltahumas, comarcanos de Loja y Chaparra, cuyas frecuentes rebeliones y saltos interrumpían el camino de Quito á Los Reyes. Hallámosle en esta ciudad al entrar en ella el virrey Blasco Núñez el 17 de Mayo de 1544, y á poco con el mando de una compañía de arcabuceros reales; pero arrastrado de las simpatías por su antiguo jefe y por las tentaciones de su ex suegro el sevillano Pedro de Puellas, teniente de gobernador que había sido de Quito y á la sazón corregidor de Huánuco, imitando su ejemplo, desertó de las banderas del virrey por Septiembre de aquel mismo año y se acogió á las de Pizarro. Estos actos indignos eran el pan de cada día en los calamitosos y revueltos de las guerras civiles peruanas; mas parece que el de Gonzalo Díaz de Pineda revistió los caracteres de triple villanía y redomada traición, pues el virrey confió noblemente en su lealtad, y no contento con faltar á la confianza de un caballero y desertar, antes de reunirse con Pizarro, concertó con otros la muerte de Vela Núñez, hermano del virrey, en Huaro-chiri. Sabido en Lima la deserción y alevosía de Pineda, las pregonaron con los nombres de sus padres y del lugar de su naturaleza, y se arrastró la bandera de su capitán por la plaza; «era de color negra, con una cruz roja atravesada de punta á punta».

Gonzalo Pizarro, nombrado ya gobernador del Perú por la Audiencia de Lima, con parecer y consejo de los obispos de Lima, Cuzco y Quito, el 21 de Noviembre de 1544, como supiese por aviso de su amigo el fraile arcabucero Fr. Pedro Muñoz que Blasco Núñez Vela, desembarcado en Tumbez, trataba de allegar gente para recobrar por las armas su virreinato, despachó por su teniente de gobernador en Quito á Díaz de Pineda con apretado encargo de hacer, en unión con Jerónimo de Villegas, teniente de San Miguel de Piura, todo lo que pudiese contra el virrey. Lle-

gado á las costas tumbecinas, las encontró desamparadas por Blasco Núñez, que se retiraba al interior del Quito; visto lo cual, entróse tierra adentro por Huancapampa, hizo prisioneros á dos capitanes que con algunos soldados salían de los Pacamurus en auxilio del virrey; mató á los unos y agregó los otros á su gente. Pasó de allí su campo á Chinchichara, lugar fuerte, á la vera del camino del Inca, cerca de Ayahuaca y á nueve leguas de los aposentos ó tampu de Huancapampa, donde por su descuido y por la diligencia de un murciano muy listo y leal, soldado del virrey, por nombre Francisco Hurtado, no obstante los negros augurios con que le previno el Villegas (que tenía sus puntas de astrólogo) y los avisos de una de sus esclavas, dejóse sorprender por la vanguardia del virrey un día del mes de Marzo ó de los primeros de Abril de 1545, y sin sacar la espada huyó cobarde y desatinadamente «hasta meterse en unos montes de algarrobales muy espesos; y pasado muy gran trabajo, hambres y mala ventura... dicen que aportó al aposento de Motape, adonde viniendo deshambriado comió ciertas raíces ponzoñosas, las cuales le causaron la muerte, y así dicen que se le salió el ánima rabiando» ¹.

Al repartir Lagasca, después de la victoria de Xacxahuana, con equidad política, los premios y los castigos entre rebeldes y leales, tocóle á Díaz de Pineda una sentencia póstuma de difamación, pronunciada solemnemente en un cadalso en la plaza de Lima el 9 de Julio de 1548.

Ya he dicho que Díaz de Pineda casó con hija de Pedro de Puelles, de la cual era ya viudo en Septiembre de 1544. No creo que fuese hija legítima; pero fuéralo ó no, es muy posible que le diese los y las Díaz de Pineda, que vivían, alguno con encomienda, en Avila de Quijos, ciudad fundada en la tierra canelera, los cuales perecieron miserablemente á manos de los *pendes* ó hechiceros Batere y Jumandi en su famosa y sangrienta rebelión del año 1578.

Tal fué el primer descubridor del célebre país de la Canela: vecino honrado de Quito, valeroso soldado de su conquista, fiel compañero y amigo é inteligente capitán de Gonzalo Pizarro; á lo último, traidor, homicida y difamado después de su muerte. Por este patrón se hallan cortados en crónicas y documentos oficiales y oficiosos la mayor parte de los descubridores y conquistadores del Perú que acabaron la vida sirviendo á rebeldes y tiranos; y vuelto del revés, es decir, comenzando por lo malo y acabando por lo bueno, los que fenecieron sus días en servicio y en gracia de su rey y señor natural.

Y ahora entremos en asunto acompañando á Díaz de Pineda por los bosques de Quijos sin los trabajos y miserias que sufrió, antes contentos con poder narrarlos y hacer esta obra de caridad, que nadie ha hecho, con la esperanza de alcanzar el indulto de una parte de su condena.

Es un hecho probado por información de 21 de Agosto de 1539 ², instruída ante Hernando de Gamarra y Alonso Hernández, alcaldes ordinarios de la villa de San

¹ Cieza de León. *La guerra de Quito*, cap. CVII inéd.—Sigue una especie de epitafio ó breve oración cronológica que suprimo, porque nuestro cronista no le tuvo á Pineda muy buena voluntad.

² Archivo de Indias.

Francisco de Quito, á pedimento de Gonzalo Díaz de Pineda, teniente de gobernador á la sazón de dicha villa y su distrito, que D. Francisco Pizarro, en nombre de S. M. le encargó el descubrimiento de la Canela; dato que conviene dejar consignado en toda forma, ya que Antonio de Herrera ¹ dice haberlo hecho por mandado de Sebastián de Belalcazar en el año de 1536, induciendo en el mismo error á otros historiadores, entre ellos el P. Juan de Velasco, autoridad hoy día respetada aun por los que pueden darle lecciones de cordura y buena crítica ².

Infiérese de la propia información que sin demora se aprestó á empresa tan renombrada y codiciosa, como que su remate había de ser el vasallaje y sumisión de un rey más rico en especería que todos los mercaderes de Venecia juntos, y en parangón con él los Midas y los Cresos unos mendigos. Para lo cual, mediando el año de 1538, después de hacer compañía con el capitán Francisco Ruiz desamuebló sus astilleros, compró á cualquier precio los cuártagos necesarios para formar un razonable escuadrón de jinetes, se proveyó de toda clase de pertrechos, víveres y municiones, y sobre esto empeñó el resto de su hacienda para sacar de las garras de los prestamistas á buena parte de sus soldados y que pudieran seguirle horros, desahogados y sin el compromiso de pagar sus deudas con la flor y el fruto de su ganancia en ciernes.

Por estos medios y á costa de tan considerables sacrificios, que, comprendido el gasto de herramientas y herraduras, montaron ocho mil pesos, consiguió reunir una armada de 130 españoles, en que había 45 de á caballo, 30 ballesteros y 10 arcabuceros, de la cual nombró por maese de campo á Ángelo de Armendaña, vecino estante de Quito, y por alférez á Gonzalo Herrera de Zalamea. De los soldados rasos sólo se conserva los nombres de un Diego de Mendoza y de un Juan Márquez que se volvió á mitad de camino. No fué en la expedición, clérigo, fraile ni *misionero*.

Armados, encabalgados y aprovisionados los descubridores, fué necesario completar las municiones con la más importante, la pólvora. No la había en la villa, mas Gonzalo Díaz no se apuró por la falta y con ayuda de su maese de campo puso manos á la obra y «salió la pólvora tan buena, como cualquier maestro la pudiera hacer», dice Armendaña.

Fabricada la pólvora y concluidos todos los aprestos, salieron de San Francisco de Quito por Septiembre de 1538, y echaron hacia la cordillera oriental en demanda del puerto de Huamaní, entrada precisa y paso obligado entonces como hoy, de los que se dirigen á los montes y provincias de Quijos buscando las cabeceras del Coca y del Napo ³.

A quince leguas de la villa de Quito y empeñados ya en las ásperas breñas y tupidos boscajes de Atun-Quijo (Quijo el Grande), saliéronle al encuentro los naturales, gente valerosa y feroz, que á semejanza de sus comarcanos los robustos é indómitos jíbaros, defendían sus patrias montañas, llenas de precipicios y derrumbaderos,

¹ Dec. V, lib. X, cap. XIV.

² *Historia general de la República del Ecuador*, por D. Federico González Suárez.—Quito, 1891.—Lib. II, cap. VIII, pág. 281.

³ *Huamaní* está situado próximamente veinte leguas al Oriente de la ciudad de Quito y veinte minutos al Sur de la Equinoccial.

desgalgando, cual si fueran titanes, peñones y pedazos de cerros sobre el enemigo. Yo he andado aquella tierra. No necesito imaginarme las angustias y sobresaltos por que pasaría Díaz de Pineda y su hueste. Con el camino franco, sin más estorbos que los naturales y propios del suelo y del cielo, cada jornada ó *pascana* es un martirio; y para recorrer las tres ó cuatro leguas que se hacen en cada una de ellas, parando á cada trecho en los *samais* (descansos), es preciso salvar ríos de profundo cauce sobre un madero liso y resbaloso, cerrando los ojos para evitar el vértigo de la corriente; ó bien esguazar los raudales y quebradas, que si van crecidas de modo que el agua llegue á la rodilla, hay peligro inminente de ser arrastrado por ellas, bajando como bajan por declive tan rápido, que empuja por delante cudones de dos y tres arrobas. No hay vestido que se acomode á las bruscas y alternativas de lluvias torrenciales y de soles ardientes; ni calzado que sufra aquí los arenales, allí los pedregales guijos, acullá las ciénegas, en esta parte las rocas cortantes y puntiagudas, en la otra los cañaverales de *huaduas* ó *surus* erizados de púas como leznas. Y al menos yo, como naturalista, podía consolarme y distraerme científicamente de mis penalidades con el variado canto de los pájaros y jugueteo de los monos que iban á enriquecer mis colecciones; con el narcótico rumor de la incesante lluvia, demostración patente del poder de los vientos alisios, que acumulan las nubes y las enredan como enormes vedijas de lana en las copas de aquellos árboles excelsos; con el continuo guayar, como allí dicen ¹, de ríos y torrentes, que, sin cesar, día y noche van derribando piedra á piedra la gigantesca mole de los Andes, para transportarla convertida en arena al fondo del Atlántico é ir preparando la única igualdad posible en la tierra.

Pero á Gonzalo Díaz ni á sus soldados creo se les diera un ardite por estos consuelos científicos, aun en el caso de que las guazabaras y baterías de peñascos de los indios quijeños se los permitieran; como no creo que los días en que los vientos de los páramos bajan á desenredar las nubes y empujarlas hacia el Este, estuvieran de humor para gozarse en contemplar sin el blanco rebozo que la cubría la faz serena y espléndida de nuestra divina madre en aquellas regiones: una masa de árboles compacta, homogénea, infinita á los ojos, por la que circulan como venas de plata innumerables ríos y á cuya vista se pasma el entendimiento y se conmueve el alma tan profundamente como ante los mares y desiertos. La vez primera que el cielo me obsequió con aquella sublime perspectiva hallábame reposando en un *samai* en lo alto de un tajado risco abrazado de plantas trepadoras y tenaces bejucos, selvático y gallardo monumento, digno de los parajes que dominaba. Confieso que humillado ante grandeza tal quise doblar la rodilla, y lo hubiera hecho á consentirlo mis cansadas piernas; pero me arrodillé en espíritu, quizá con más reverencia que del otro modo.

Y para que se vea cómo en ocasiones suele la casualidad burlarse de las cosas más serias con un simple contraste, el empinado balcón y humilladero se llamaba *Pincullu-ppittina*, como si en quichua dijéramos flauta rota, inútil, que ya no suena.

¹ Prefiriendo este verbo á los de plañir y llorar, sin duda por su semejanza fonética con el quichua *huaccani*, llorar sollozando.

¿Por dónde le vendría al lugar este extraño nombre? Lo que yo discurrí en busca de una etimología que concertase el uno con el otro, no es para contado. Pero de pronto me dije: en vez de una explicación razonable, ¿no sería mejor inventar una leyenda? Hagamos la prueba

Allá no me acuerdo en qué año de la *obscuridad de los tiempos*, érase un indio flautista, y no como quiera, sino maestro en el oficio (*pincullu-camayoc*), y decían que debía su extraordinaria habilidad á ser muy piadoso y muy escrupuloso observante de todas las menudencias religiosas de sus mayores. Pues como bajase cierto día lluvioso del pueblo de las Papas (hoy Papallacta) á cumplir con el rito de lavarse misteriosamente los pies en el río Cosanga, hizo samai en el mismo paraje en donde yo lo hice, á punto que un desgarró de las nubes dejaba que el sol dorase el enhiesto picacho donde el indio descansaba, el cual, creyendo que aquella clara era un favor especial del samai, ó, mejor dicho, de sus entrañas de piedra, y que, por consiguiente, y sin la menor duda, era divinidad ó *huaca*, arrebatado de místico entusiasmo, desenvainó la flauta y se dispuso á tañer un airecillo de reconocimiento. Pero hete aquí que la flauta estaba fabricada con un hueso del ala de la grulla llamada *tturu-yuttu*, y como el *tturu-yuttu* era también huaca por derecho propio y por razón de su patria y crianza, los cenagales y riberas, rival y de humor y genio opuestos á los del promontorio, no quiso consentir que un hueso suyo sonara en alabanza de un enemigo, y le hizo sordo á los soplos reiterados del maestro flautista, el cual, azorado y confuso, descendió del samai, y á toda prisa regresó á Papapallacta á consultar el caso con el *umu* ó jefe de los hechiceros y vicario de las divinidades del distrito.

Así, pues, caminante que camines por los bosques de Quijos, si paras en Pingullupitina, no olvides que el salvaje monumento tiene su conseja, y de tan *buena tinta* como la de la Peña de los Enamorados, la del Cristo de la Vega ó la del islote de Melusina. Sólo falta que el tiempo la acredite.

Á todo esto (y por culpa mía) aún sigue Gonzalo Díaz de Pineda bregando con los descomunales atunquijos, y á duras penas defendiéndose de su balística ciclópea; pero no tardará en escalar y tomar sus fortificados peñoles, deshacer sus trincheras y ganar el camino á tierra más abierta y donde no le estorben los caballos. Ya se le alcanzaba al caudillo cuán necesario era demostrar á los indios desde el primer encuentro la superioridad del valor, fuerzas, armas y táctica de los castellanos, pues de otro modo fracasaba no solamente aquel descubrimiento, mas se dificultaban los que en lo sucesivo pudieran emprenderse por aquella parte en busca de la Canela y el Dorado; y con decir que lo demostró cumplidamente estaría dicho todo, si no conociéramos por palabras del mismo Pineda los pormenores y lances más salientes del combate, las cuales, con la reserva que piden su procedencia y el ir encaminadas á exponer méritos propios, aunque no exagerados, deben consignarse y tenerse por una de las fuentes menos turbias de la historia de Quito.

«Prosiguiendo la jornada del descubrimiento de la Canela, entrando por las mon-

tañas, junto á la provincia de Hatun-Quijo, hallamos ciertas albarradas é fuerzas de indios, que estaban puestos en sus albarradas é sitios, saliendo por muchas partes muchos escuadrones á atajarnos la rezaga y el medio y á defendernos la entrada, y se trabó una recia batalla, en la cual, con la ayuda de Nuestro Señor Jesucristo, los indios fueron desbaratados. Y yo en aquel día peleé animosamente é hice aquello que como capitán era obligado, así animando á los que peleaban, como acudiendo á la parte que más necesidad tenía, á pie, con un arcabuz, porque á caballo no se podía pelear, por ser así el camino y la tierra muy agria. Y subidos á la dicha albarrada, y estando en el asiento del pueblo, otro día fuí en persona á otros peñoles que tenían, á pie, caminando de noche y de día yo y los españoles que conmigo iban, é los ganamos é desbaratamos; y así en esto como en trabajar é aderezar malos pasos y caminos y puentes por do pasasen caballos trabajé varonilmente é proseguí la dicha entrada hasta la provincia de Coçanga.»

Llamaríanla así seguramente por el río que la baña y aún conserva ese nombre durante todo su curso de unas veinte leguas de Poniente á Oriente por los 0°30' de latitud austral, hasta desaguar en el Coca, que tiene en él la más meridional y caudalosa de sus principales fuentes. Á los veinte años cabales de haber hollado por primera vez los españoles aquella provincia, cerca de la horquilla que forman al reunirse el Cosanga y el Coca, se fundó por el buen caballero Gil Ramírez Dávalos la ciudad de *Baeza de la Nueva Andalucía del Espíritu Santo*, cuyas casas, durante mi permanencia en ella por los años de 1865, no llegaban con mucho al número de los apelativos con que se fundó.

Allí sentó sus reales la hueste de Díaz de Pineda, cuarenta leguas bien andadas de Quito, y como el terreno que se ofrecía por delante y al Este del Cosanga parecía, y, con efecto, era tan fragoso y arisco como el pasado antes de llegar á esta provincia, juzgó, con mucho acierto, que no podría valerse de los caballos, y dejándolos en el real con la mitad de la gente, á pie y acompañado con 60 españoles, emboscóse de nuevo en la montaña en demanda de la provincia de la Canela. Veintisiete días gastó entre la ida y la vuelta; mas no dice á los cuántos dió en las comarcas de Cahui y Huarozta y en un GRAN VOLCÁN, á cuyo alrededor había poblados unos quince mil indios, á su parecer.

Por algunos que se tomaron para lenguas en las poblaciones descubiertas, súpose que su régulo ó curaca era el que señoreaba el país de la Canela. Averiguóse también que adelante estaba el señor de Hatun-Ique, soberano de muchos y muy grandes pueblos y provincias de indios, que le acudían con cuantiosos tributos. Pero, á pesar de estas grandezas, empezó á sentirse en el campo de los españoles hambre y otras necesidades, en particular de calzado, y sin esto, recelo, si no fué temor, de que cargara sobre los 60 invasores la muchedumbre de vasallos de dichos monarcas, y no dejaran uno á vida y entero; y consultado y discutido el caso por el capitán con todos los de su compañía, acordóse la vuelta á Cosanga por sitios muy desviados del primer camino, en busca de otro más practicable y cómodo para jinetes; pero avínoles que el recién

descubierto, aunque al cabo los puso en el real, hizo bueno el que á la ida tomaron.

Eran ya grandes y poco menos que insuperables contratiempos la escasez de comida y falta de camino donde pudieran valerse con los caballos; pero el invierno se les vino encima ¹, con sus continuos y torrenciales aguaceros, y agravando el conflicto, obligó á Díaz de Pineda á desistir de su jornada, aunque con el propósito de secundarla por otra parte y en mejor estación.

El término de este descubrimiento está marcado con un hito natural é inmutable, un monumento geológico de los más peregrinos, el *Sumaco*. Bastan las pocas indicaciones de Pineda acerca de su ruta, para no dudar que el volcán que descubrió caminando al Oriente desde Cosanga y más allá de las provincias de Cahui y Huarozta ², es el que lleva actualmente aquel nombre. En las montañas de los Quijos no hay otro; todos los de la cordillera quedan á espaldas del que camina por el mismo rumbo del capitán asturiano.

Desde las altas y majestuosas laderas del Sumaco pudo atalayar en día sereno los dilatados bosques que le ocultaban el rico y populoso imperio de Hatun-Ique, cual si fuese por arte de algún encantador, para excitarle más y más á emprender la aventura de desencantarlo, olvidándose de las contrariedades, miserias y trabajos sufridos y del desengaño que podía palpar en la pobreza, salvajez é inhospitalidad del famoso País de la Canela, objeto de su viaje, en cuyo centro á la sazón se hallaba. Pero es una verdad que los españoles estábamos enquistados mucho antes de que naciera el héroe manchego, y mayormente los que andábamos en los descubrimientos y conquistas del Perú. No en balde correteaba por aquellas tierras D. Amadis de Gaula caballero en trotones de molde. Y no digo esto porque fuese absoluta ficción y quimera aquello tras de que iban y por que se desvivían y afanaban con incansable insistencia soldados y capitanes, cuerdos y necios; las fábulas del Dorado, de las Amazonas, de los Iscaicingas y otras, todas y cada cual de ellas tenían su realidad; lo digo porque al empeñar la vida y la hacienda en la aventura de entenderse con aquellos extraños y maravillosos sujetos, aspiraban no á esa realidad, sino á que lo fuese toda la ficción, incluso los más inverosímiles, absurdos y fantásticos de sus pormenores. No supieron *leer en la leyenda*, descifrar el enigma, como el agudo y reflexivo estudiante del cuento de Espinel. El Dorado era un mito geológico cuya *realidad* consistía en los enormes depósitos de oro acumulados en las faldas y al pie de la rama oriental de los Andes y en el acarreado más allá en sus crecidas turbulentas por los primeros tributarios del Alto Amazonas; pues bien, muchos años después de

¹ Por invierno se tiene en aquel clima el tiempo de lluvias. Estas amagan de fines de Abril á principios de Mayo, y entran de lleno en Junio. El regreso de Pineda debió, pues, verificarse en el transcurso de los meses de Julio y Agosto.

² Lo que nuestros exploradores llamaban enfáticamente provincias y reinos, por regla general no pasaban de curacazgos de última clase y límites inciertos y cuyo nombre era el mismo del curaca. Muerto éste, solía tomar la provincia el apelativo de su sucesor. Estos cambios dificultaban considerablemente la averiguación, de un siglo ó medio siglo para otro, del paraje de las tales provincias. No obstante, en algunos documentos de fines del siglo XVI se lee todavía *Cavi*, *Cave* ó *Caue* y Guarozta, como nombres de tierras y lugares habitados por determinadas parcialidades de indios entre las actuales poblaciones de Baeza y San José de Mote, situada esta última al pie del Sumaco.

descubiertos y explotados aquellos depósitos en Zaruma, Logroño, Macas y los Quijos, andábamos todavía por ríos y montes tras el rey que personificaba la leyenda.

Gonzalo Díaz de Pineda, á los cinco ó seis meses de su regreso en San Francisco de Quito, allá por Febrero de 1539, se apercibió á su segunda entrada de la Canela. Intentaba esta vez descubrir su camino atravesando la Cordillera por algún puerto ó abra fronteros de Tuza á más de veinte leguas al Norte del que primero tomó y hacia los 0° 40' de latitud boreal. La entrada, por consiguiente, era la de los Cofanes, la de Hatun-Ique, la misma por donde Huainacápac penetró á estas regiones, como ya referimos. El crédito de auríferas y abundantes en aromas de que entonces gozaban las provincias de Cofanes é Iques se mantuvo sin menoscabo durante el siglo XVI y continuó en el XVII. En los Cofanes tenía sus orígenes el Aguarico, llamado por excelencia *Río del Oro*, y en la región que bañaban se establecieron reales de minas ó lavaderos y la ciudad de San Pedro de Alcalá del Río Dorado, y en el territorio de los Iques, dividido, como el de los Quijos, en alto y bajo, buscaron también el oro los gobernadores de Quijos, Sumaco y la Canela. Andrés Contero, teniente por Melchor Vázquez de Avila, después de fundar en el valle de la Coca á 15 de Agosto de 1563 la ciudad de *Alcalá del Río*, pasó á la inmediata comarca de los Iques, y aunque se sostuvo en ella al amparo de un fuerte, sus numerosos y feroces naturales no le dejaron poblarla. No iba, pues, descaminado el capitán Gonzalo Díaz al buscar por Tuza el rico y populoso imperio de que tuvo noticias al llegar al volcán del Sumaco—si no es que de antemano le instruyera sobre el particular, á la vuelta de su primera exploración, doña Isabel Huachay—; y es probable que, de haber realizado la segunda, se cobrara sus trabajos y dispendios, si no en canela, en oro de buena ley. Pero antes de entrar á ella, á fin de precaver cualquier evento que pudiera entorpecerla, quiso establecer una base de operaciones con la fundación de una ciudad en los Pastos y sitio conveniente y no lejano de Tuza; y no la hizo tan pronto que no diese lugar á que en su ausencia se promovieran en Quito ciertos disturbios entre los partidarios de Belalcazar y del marqués Pizarro, y que mientras se ocupaba en aplacarlos llegase la inesperada nueva de que el marqués gobernador había encargado á un capitán Jiménez ¹ proseguir el descubrimiento de la Canela, con provisión de que «si Pineda estuviese poblado, le dejase á Jiménez el pueblo y se fuese adelante».

Parece que la nueva salió falsa, ó que á lo menos hubo contraorden, porque á poco tiempo, 30 de Noviembre de 1539, proveía el marqués aquel descubrimiento con la gobernación de Quito en su hermano Gonzalo, el cual llegaba á esta villa y presentaba en el Cabildo sus títulos el día 1.º de Diciembre de 1540; pero bastó para desbaratar los proyectos de Pineda, que declara «que á causa de esta novedad

¹ En la información de que me sirvo y oportunamente he citado, no consta el nombre de pila de este capitán. En su tiempo vivían ó podían vivir en el Perú: Alonso Jiménez, Juan Jiménez, de Consuegra, y Juan Jiménez, de Jamaica, los tres vecinos fundadores del Cuzco, y Andrés Jiménez. Este último, compañero de Francisco Pizarro en el descubrimiento de aquel reino y en Caxamarca, uno de los veinticuatro que prendieron al inca Atahuálpac y encargado de la guarda del oro y alhajas del rescate ó botín, me inclino á creer que fuese el sustituto de Pineda.

toda la más gente que con él iba se descaudilló, yéndose unos á una parte é otros á otra y no fué parte para los tornar á acaudillar por estar tan divididos, y él entendiendo en las cosas que convenían á la buena administración de la república de esta villa [de Quito] y visto haberle quitado el poder que su señoría le había dado».

Recibido Gonzalo Pizarro en el gobierno de Quito, uno de sus primeros actos fué recompensar á su tocayo con la siguiente cédula que certifica de los servicios prestados por Díaz de Pineda hasta entonces. Es inédita.

«Gonzalo Pizarro, gobernador é capitán general de esta villa é provincias de Quito, Puerto Viejo é la cibdad de Santiago é Popayan é Cali é Ancerma por S. M. ¹— Por cuanto vos el capitán Gonzalo Díaz de Pinera (*sic*) vecino desta villa de San Francisco de Quito, sois una de las personas principales que vos habeis hallado en el principio del descubrimiento, conquista é poblacion de esta villa é provincia de Quito y en ella habeis sido teniente y capitán por el señor marqués don Francisco Pizarro y habeis hecho dos entradas en servicio de S. M., la una hacia la mar del Sur y la otra hacia la del Norte, que es la entrada de la Canela, y para ello acaudillastes muchos españoles de á caballo y de á pie y gastastes más de quince mill pesos en armas y municion de guerra y en caballos y bastimentos y á esta cabsa estais pobre y muy adebdado, y con los indios que el dicho marqués y el Reverendo señor Obispo del Cuzco os encomendaron en el repartimiento general no podeis pagar vuestras debdas ni sustentaros, y es justo que las personas semejantes que así han servido y sirven á S. M., como vos habeis hecho y haceis, de lo cual á mí me consta, que sean gratificados y remunerados, por ende, en nombre de S. M., por virtud de los poderes que de S. M. para ello tengo, vos doy en encomienda y os encomiendo en la provincia de Nambi y Mindo y pueblos de Nigua é Pelegasi todos los caciques é principales é indios así naturales como extranjeros que parescieren ser sujetos á los dichos pueblos, é á los caciques Topo y Quiçan y á los otros principales que teneis encomendados en el repartimiento general é todos los demás indios, así visitados como sin visitar, etc.—Fecha en esta villa á 4 de Enero de 1541.—Gonzalo Pizarro.» (*Original en el Arch. de Indias.*)

A esta merced añadió la de nombrarle capitán en la jornada que emprendió á los dos meses.

La exploración realizada por Gonzalo Díaz de Pineda es uno de tantos sucesos como se omiten, ó cuando más se mencionan de paso por nuestros historiadores de Indias con el objeto de que luzcan y parezcan más grandes otros íntimamente relacionados con ellos, pero á quien les falta el mérito de la iniciativa. No es esto decir que Gonzalo Pizarro hubiera dejado de hacer su célebre entrada de la Canela por falta de precursor; pero lo cierto es que en ella siguió el camino trazado y abierto por Gonzalo Díaz; y aunque no sea más que por esta circunstancia unida á la prima-

¹ Es extraño que Gonzalo Pizarro ignorase que á la fecha de esta cédula Popayan, Cali y Ancerma formaban ya gobernación aparte de la suya.

cía del descubrimiento, el trabajo, el valor y la constancia que empleó en llegar con su gente hasta el Sumaco, merecen de la Historia algo más que las dos ó tres líneas que les consagra,—aunque algunos dirán que no tantas como las que se encierran en la mitad de este artículo.

En caso semejante, aunque por distintas razones, se encuentra la majestuosa montaña en que por rara coincidencia terminan el viaje de Pineda y las manifestaciones volcánicas del colosal sistema ecuatoriano por la parte del Este, y cualesquiera datos que se añadan á los pocos que sobre ella tenemos serán seguramente de interés y provecho á las ciencias geográfica y geológica.

Destácase de los Andes á unas cuarenta leguas, coronando la prolongada estribación ó serie de cerros llamada sierra ó cordillera de Huacamayos, extendida de Poniente á Oriente. Mirado desde Avila ó desde Loreto, descuella exento y solitario sobre los bosques de Quijos, que ocultan á la vista desde esos lugares su robusto asiento. Por esta situación y bajo este aspecto parece independiente del expresado sistema; pero no es así: la sierra de Huacamayos se formó al propio tiempo que la cordillera andina y continúa en inmediata relación con ella. La particularidad que esencialmente distingue al Sumaco es su excepcional lejanía del centro de la *jurisdicción* volcánica á que pertenece, que le constituye en su primer centinela de avanzada hacia Oriente. Averiguar si dicha lejanía, como asimismo la altitud de su base, considerablemente menor que la de todos los volcanes quiteños, excepto el Sangai, han sido parte á interrumpir alguna ó algunas veces su dependencia geológica con manifestaciones de su actividad disconformes con la general y normal del sistema, sería en mi concepto una investigación de bastante importancia, aun parangonada con la magnitud de los fenómenos eruptivos del grupo más formidable de volcanes que existe en la tierra; aunque dudo que por mucho que se investigue y se indague, se llegue á un resultado medianamente satisfactorio.

Por de pronto, ignoramos si el Sumaco ardía ó reposaba cuando le vió su primer descubridor. Que le llamase volcán ya vale como indicio de que en el año de 1539 no estaba apagado; mas para prueba no basta. Hasta el último decenio del siglo XVI no la hay, y se la debemos á una especie de Elcano con sotana, á quien hizo famoso entre otras cosas su *Historia y viaje del mundo*¹. Siguiendo sus aventuras, vino á parar de cura doctrinero en los Quijos, de cuyos naturales y tierra refiere curiosidades exquisitas, y no es la menos notable la descripción del volcán de Sumaco, que hace de esta manera:

«En el valle de la Coca, junto al salto que he dicho que hace aquel famoso río, está un cerro á modo del de Potosí, que todos los que lo avemos visto decimos que le parece y que es á modo de un pan de azúcar; en éste está un bolcán que en el Invierno por tiempo de Junio, Julio y Agosto, que es cuando allá llueve echa tanto

¹ *Historia y viaje del mundo del clérigo agradecido D. Pedro Ordóñez de Cevallos, natural de la insigne ciudad de Jaén, á las cinco partes de la Europa, Africa, Asia, América, Magalanica con el itinerario de todo él. En Madrid: por Juan García Infanzón. Año 1691.*—La primera edición es de Jaén y años de 1614.

humo y ceniza que en dos leguas no dexa yerva, que toda la quema, y por Navidad, que según se cuenta es el verano, llegan muchos Indios hasta la boca; un Cazique me dixo avia entrado más de dos estados por ella; dióme deseo de verla y assi fui con este Cazique y otros dos hombres que en llegando allá no quisieron entrar; entraron el Cazique y yo, y hallé un hechicero Cofan dentro que venía á hablar con el Diablo; era de ver aquella boca, que mientras más honda entraba más se estrechaba, y se veía más de treinta estados, y todo quemado por dentro; lo que resultó de esta entrada fué el grande asombro que recibimos de ver el Mohan dentro, y no menor fué el que recibió en vernos á nosotros; tienen estos desventurados entendido que son bocas de Infierno que tiene el Demonio para castigar á los que no les ofrecieren; traxe de allí algunas piedras»¹.

Eso de las bocas del Infierno debimos de enseñárselo nosotros, que de muchos siglos antes opinábamos de la misma manera acerca de los volcanes ó *vulcanes*.

Cuenta el barón de Humboldt, que en uno de los descansos con que solía reparar sus fuerzas en la quinta de su amigo el marqués de Selva-Alegre, situada en amenísimo lugar del valle de Chillo, y según su cálculo á treinta leguas por el aire del *volcán de Huacamayos* ó Sumaco, oyó durante una semana casi á cada hora los bramidos ó truenos subterráneos de la ignívoma montaña. Esto era por los años de 1802.

En el de 1865, hallándome en Santa Rosa de los Oas de bajada por el Napo al Amazonas, me entró curiosidad de saber por mí mismo los *humos* que gastaba el volcán de Huacamayos, no visitado por nadie (ni siquiera por un inglés) desde los tiempos del *Clérigo agradecido*. No ocultaré que acaso tanto como la curiosidad me movía el afán que siempre he mostrado de ocupar elevadas posiciones. Cinco altos puestos había escalado hasta entonces: uno sobre el Izalco en Centro-América y cuatro en el Ecuador sobre el Chimborazo, el Cotopaxi, el Pichincha y el Antisana, y aún no estaba satisfecho. Además, aquella era mi visita de despedida á los Andes.

Resuelto ya á cumplir con esta cortesía, pedíle al gobernador de la provincia de Oriente, Sr. Cárdenas, que á la sazón se hallaba con nosotros en Santa Rosa, licencia para mi viaje, unos cuantos indios cargueros y recomendación para el *capitán* que había de mandarlos y para las autoridades de las poblaciones de nuestro paso. Concedíomelo todo, y las últimas tan eficaces, que á las dos jornadas, capitán y cargueros nos abandonaron á mi criado y á mí en el desierto villar de la Concepción. Después de varios contratiempos y extravíos salimos á través de los bosques á la población de Loreto el día 3 de Junio. Surgieron allí mil dificultades para reemplazar mi servicio, á pesar de los buenos deseos del teniente político Sr. Aureo Terán, excelente y bondadosa persona, pero que moría de una sífiloide lanzando lastimeros gritos y un hedor insoportable. Conseguimos al fin proveernos de lo necesario, y el 11 de dicho mes emprendimos la ruta de San José de Mote, pueblo situado junto al volcán y el más á propósito para prepararse á la ascensión de la montaña. Sirviéonos cumplidamente, por nuestro dinero, el gobernador indio del lugar, comerciante en *michira* ó manteca

¹ Lib. III, cap. XVIII.

de cerdo, y curaca por derecho de sangre y descendencia de la antiquísima cepa de los Puraquillas. Salimos de San José en dirección del Sumaco el 16 de Junio; el 18 alzábamos nuestro tambo de dormida en la mitad de su falda, y el 19, á las once en punto de la mañana, pisaba yo el filo de su cráter.

El diámetro de esta cavidad en los bordes mide más de cien metros; es circular y presenta por el Sur una gran mella ó escotadura, abierta por la última de sus erupciones de lava y cuyos materiales, en cantidad enorme, debieron salir con tal violencia que la cresta del cerro que forman pegado al cuerpo del volcán alcanza casi la misma altura de los bordes del cráter. En su fondo se veía un lagunajo de aguas de color verdinegro, á causa de la profundidad, en parte cubierto por una capa de plantas acuáticas. Todo respiraba allí placidez y sosiego. La masa eruptiva ocultaba sus asperezas bajo un manto de la vegetación que su altitud le permite; envolvían el cono terminal de la montaña brezales y manchones de chuquirahua, y una guirnalda de plantas con flores muy semejantes á nuestras margaritas, coronaba los bordes del cráter. Alrededor de la base del cono terminal forma la montaña una como cornisa ó escalón, compuesto con las cenizas, arenas y otros materiales menudos lanzados por el volcán; en cualquier parte de la cornisa donde se excave, aunque sea con la mano, se forma un pocito con el agua trasminada á través de dicho cono.

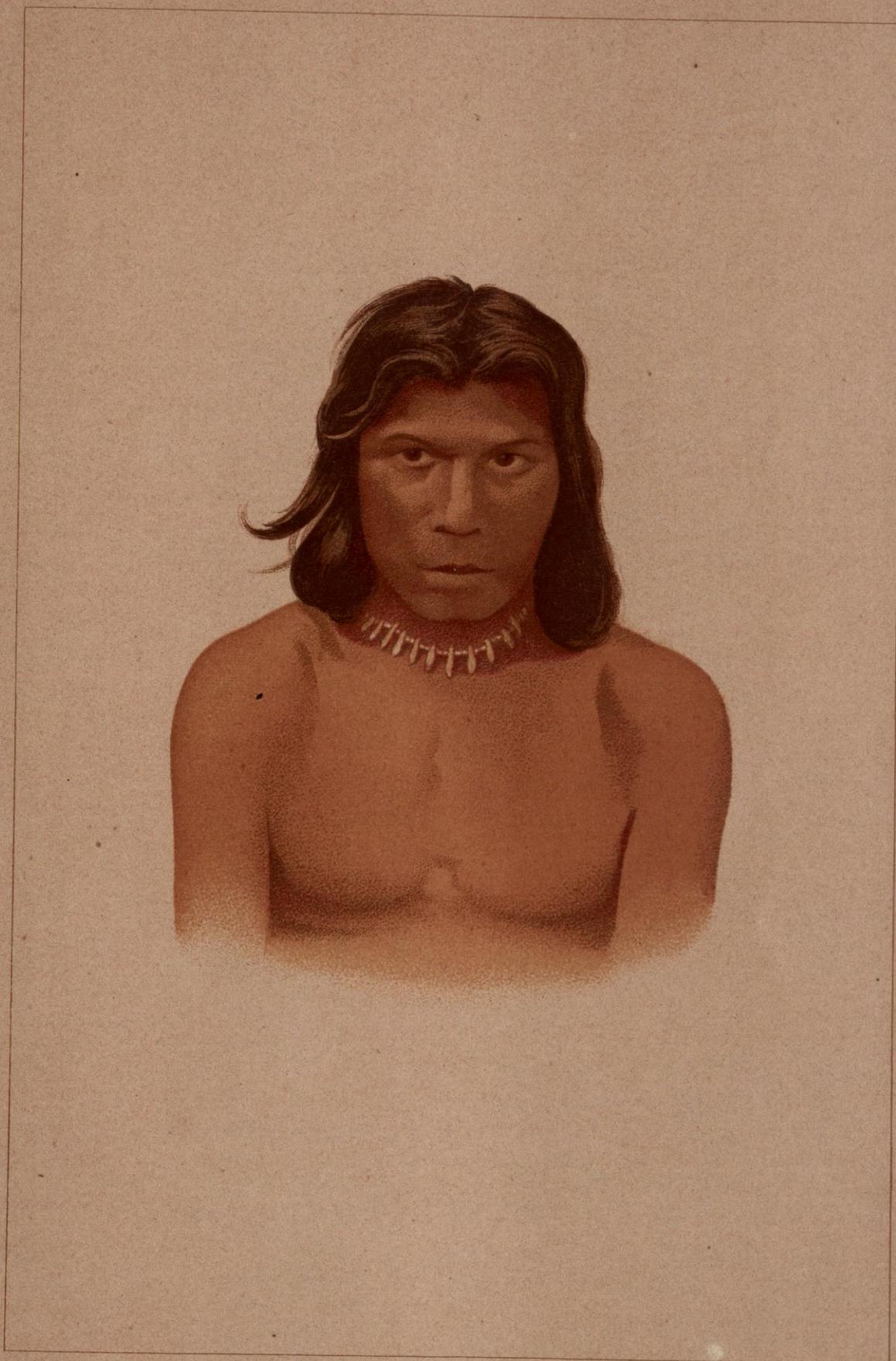
Por todas estas señales de fácil observación y otras que omito por no ser prolijo, no es posible dudar que el Sumaco hace mucho, muchísimo tiempo que descansa, quizá desde los años en que ahuyentado el Demonio de los bosques de Quijos por los conjuros y voces evangélicas de nuestros misioneros, se apagó aquella fragua de hechicerías y abusiones idolátricas que vió en actividad el buen Ordóñez de Cevallos.

Sin embargo, los bramidos que el barón de Humboldt oyó desde Chillo bien pudieron ser del Sumaco y demostrar que éste duerme, como suele decirse, sólo con un ojo; porque á mi paso por Loreto, un Sr. Narváez, persona muy sensata é inteligente y desterrado político que vivía de fabricar alpargatas (y por cierto que eran muy buenas y muy baratas, y no habló de burlas) me contó sin dar al hecho extraordinaria importancia, que el 4 de Agosto de 1864, estando él y otros compañeros en San José de Mote, se sintió en aquella localidad un gran bramido acompañado de un fuerte remezón (temblor de tierra) que no provenían de la Cordillera, porque en Quito ni toda su tierra nada de semejante se notó.

A Loreto, según me aseguraron, alcanzaban también de vez en cuando aquellas sacudidas y estrépitos interiores de la montaña.

Los nombres que en diferentes tiempos ha llevado son los de Volcán de la Coca, Volcán de Huacamayos y también Volcán de Mote ó Moti. El de Sumaco, el más moderno y el que ha prevalecido, es una forma españolada del adjetivo quichua *sumaj*, que significa, hermoso, bello; y tan á maravilla le sienta, que quita la tentación de llamarle, por su descubridor, *Volcán de Pineda*.

M. JIMÉNEZ DE LA ESPADA



INDIO DEL ANTIGUO PAIS DE LA CANELA (QUIJOS)



INDIA DEL ANTIGUO PAIS DE LA CANELA (QUIJOS)

RESERVA DE LOS SEÑORES
C. A. 1893

BIBLIOTECA
ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS



EL SUMAGO VISTO DESDE «LORETO» AL CAER DE LA TARDE

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA